

SANTO TOMÁS DE AQUINO EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA



I

Los personajes que figuran en la historia de la cultura son los que no sólo han producido obras relevantes, sino que han tenido un influjo en la posteridad. Sin detenernos en el campo del arte y restringiéndonos al ámbito de la filosofía, es obvio que los pensamientos de Aristóteles, de San Agustín, de Descartes o de Kant han tenido una notable pervivencia a través del tiempo.

Sin embargo, en éstos, como en tantos otros casos, se trata no de la integralidad de sus doctrinas, sino de una orientación general o de algunas de sus posiciones significativas. Hoy no se hallarían quienes sostuviesen todas las conclusiones del aristotelismo, del agustinismo, del cartesianismo o del kantismo. Pero en el caso del tomismo, durante siete siglos los seguidores de Santo Tomás han profundizado, defendido y aplicado todas sus ideas y sus conclusiones teológicas y filosóficas con la sola excepción de algunos temas tangenciales referentes a las ciencias naturales de su época.

Se trata de un caso único que importa subrayar. No se puede dudar que este hecho se debe a la solidez de la doctrina; de otro modo sería inexplicable. Sin embargo, no se puede soslayar el apoyo que ha tenido el tomismo en el magisterio de la Iglesia. Sin duda, las cuestiones filosóficas no entran en el ámbito directo del magisterio eclesiástico. La Iglesia tiene otra noción: la de anunciar a los hombres un mensaje de salvación, proporcionándoles los medios sobrenaturales para alcanzarla. Pero este mensaje, que es objeto de la fe y no del saber humano, debe hacerse con un lenguaje asequible al hombre. La fe, aunque de por sí trasciende a la inteligencia humana, debe formularse en términos inteligibles.

La sobreinteligibilidad de la fe fructifica en la razón humana, que analiza, compara, reflexiona, explicita, elabora y organiza el resultado de su meditación sobre los datos revelados. Nace así un nuevo tipo de saber: la teología. Para esta labor teológica la mente necesita utilizar conceptos, nociones, verdades cuidadosamente depuradas. Vale decir, necesita la ayuda de una filosofía. Sin ella sería un cuerpo invertido, una nebulosa divagación religiosa que se presta a cualquier equívoco y que no merece el nombre de «saber» (*scire*). Lógicamente, la filosofía que adopte debe estar

¹ Comunicación leída ante la XXII Semana Tomista, celebrada en Buenos Aires por la Sociedad Tomista Argentina entre el 8 y el 12 de septiembre de 1997, cuyo tema general fue *Recepción y crítica del tomismo en el pensamiento contemporáneo*.

abierta a instancias superiores a las meramente humanas, pero sin dejar de ser, por ello, una sabiduría puramente humana.

Hay muchas filosofías —las realistas— que cumplen con esa condición. Otras, materialistas, irrealistas, racionalistas, empiristas y, en general, las inmanentistas, se autoexcluyen por negarse a la trascendencia. Entre las filosofías realistas, hay, de hecho, varias que han sido utilizadas en la elaboración teológica: las «filosofías cristianas»². El magisterio eclesiástico nunca ha desaprobado esta variedad de perspectivas; por el contrario, ha valorado el sano pluralismo teológico, proveniente de la variedad de enfoques filosóficos con que son tratados los datos de la revelación. Sin embargo, reiteradamente ha declarado, y del modo más solemne, su especial preferencia por el tomismo. Más aún, lo ha hecho el vehículo habitual de la expresión de su pensamiento.

Si recorremos los documentos pontificios y episcopales recomendando seguir la doctrina de Santo Tomás, veremos que forman una larga e ininterrumpida cadena que va desde el siglo XIII hasta nuestros días. En su gran mayoría han sido transcritos por J.-J. Berthier en un grueso volumen de más de setecientas páginas que llega hasta el año 1914³. Más breve es la obra de S. M. Ramírez sobre la autoridad de Santo Tomás; pero más actualizada, llega hasta el año 1952⁴. Los documentos de los últimos decenios figuran en las *Acta Apostolicae Sedis* posteriores y también fueron publicados en *L'Osservatore Romano*.

Ya en vida del Santo, cuatro papas alabaron su doctrina⁵. Tras su muerte, hacen lo mismo otros diez pontífices, hasta Juan XXII, quien lo canonizó el 18 de julio de 1323⁶. Estos elogios y la ferviente adhesión de sus discípulos y de contemporáneos que escribieron obras difundiendo y defendiendo las ideas de Santo Tomás, los cuales formaron la primitiva escuela tomista, tuvo su contrapartida en críticas y ataques de colegas suyos⁷.

Aunque en la segunda mitad del siglo XIII ya había menguado el rechazo frontal de los teólogos conservadores de París ante el avance del naturalismo aristotélico y del averroísmo heterodoxo, sus seguidores miraban con desconfianza la utilización de ideas ajenas al cristianismo en la elaboración teológica⁸. Hasta se llegó a atribuir a San Agustín, considerado el mayor de los Padres de la Iglesia⁹, posiciones de origen aristotélico que nunca sostuvo, como la composición hilemórfica de los ángeles o la

² Cfr. L. BOGLIOLO, *La filosofía cristiana*, Pontificia Accademia di S. Tommaso, Città del Vaticano 1985.

³ Cfr. I. I. BERTHIER, *Sanctus Thomas Aquinas, «Doctor Communis Ecclesiae»*, Romae 1914, vol. I: «Testimonia Ecclesiae».

⁴ Cfr. I. M. RAMÍREZ, *De auctoritate doctrinali Sancti Thomae Aquinatis*, Salmanticae 1952.

⁵ I. e., Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV y Gregorio X. Cfr. I. I. BERTHIER, *op. cit.*, pp. 7-33.

⁶ Los papas citados son Inocencio V, Nicolás III, Martín IV, Honorio IV, Nicolás IV, Celestino V, Bonifacio VIII, Benedicto XI, Clemente V y Juan XXII. Cfr. I. I. BERTHIER, *op. cit.*, pp. 34-45.

⁷ Cfr. A. BAČIĆ, *Ex primordiis scholae thomisticae*, Angelicum, Romae 1928.

⁸ Cfr. F. VAN STEENBERGHEN, *Aristote en Occident*, Institut Supérieur de Philosophie, Louvain 1946, pp. 105-196.

⁹ «Maximus post Apostolos ecclesiarum instructor» (PEDRO EL VENERABLE, *Epistula ad S. Bernardum*: PL CLXXXII 405).

pluralidad de formas substanciales, temas del todo ajenos al Hiponense, cayendo así en una sorprendente contradicción. El propio San Buenaventura, tan prudente, llegó a escribir que es «una locura» sostener la unidad de la forma substancial, como afirmaba Santo Tomás¹⁰. Pero el más empeinado opositor fue un discípulo de San Buenaventura, el inglés Juan Peckham, colega de ambos santos en la Universidad de París¹¹. Otro inglés, el dominico Roberto Kilwardby, hacía lo mismo en la Universidad de Oxford, aunque no tan duramente¹². Ambos llegaron a ser arzobispos de Canterbury y fueron los autores de dos de los tres únicos documentos episcopales que condenan algunas ideas de Santo Tomás. La primera condena es la famosa de 1277, publicada el 7 de marzo, día en que se cumplía el tercer aniversario de la muerte del Santo. La sancionó el arzobispo de París, Esteban Tempier quien, a pedido del Papa Juan XXI, a cuyo conocimiento habían llegado denuncias de maestros de la Facultad de Teología contra los filósofos de la Facultad de Artes, hizo una investigación minuciosa. Pero por su cuenta, y antes de informar a Roma, condenó nada menos que doscientos diecinueve proposiciones sobre los más diversos temas, entre las cuales, al menos nueve eran de Santo Tomás¹³.

Las condenas fueron anuladas tras la canonización del Angélico por el Papa Juan XXII el 13 de julio de 1323¹⁴. Entre este pontífice y León XIII la obra de Berthier ya citada nombra a cincuenta pontífices que confinaron los elogios y las recomendaciones de seguir la doctrina del Santo. Tras el accidentado pontificado de Pío IX, que se había recluido en el Vaticano por la invasión de las tropas piemontesas a Roma y la ocupación del palacio pontificio del Quirinal por Víctor Manuel II, la elección de un nuevo papa se hacía extremadamente difícil. En Roma no existía seguridad alguna para la celebración del cónclave¹⁵. Distintos gobiernos europeos hicieron notar que no aceptarían un Papa que les resultase adverso. Berlín y Viena se oponían a la elec-

¹⁰ Cfr. S. BUENAVENTURA, *In 1 Sent.* dist. 27 q. 2 a. 1. S. TOMÁS, *Quodlib. I* a. 6; *Quodlib. IX* a. 11; *Quodlib. XII* a. 10; *De spirit. creat.* a. 1 ad 9um; *Summ. c. Gent.* II 57-58; *Summ. theol.* I q. 76 a. 3, a. 6 ad Ium et a. 8, III q. 1 a. 5 ad Ium.

¹¹ Cfr. F. EHRLE, «Lagostinismo e l'aristotelismo nella scolastica del secolo XIII. Ulteriori discussioni e materiali»: *Xenia thomistica recurrente VI centenario canonizationis Sancti Thomae Aquinatis*, ed. S. Szabó, Romae 1925, t. III, pp. 526-532; M. DE WULF, *Histoire de la philosophie médiévale*, 6e. éd., Institut Supérieur de Philosophie, Louvain-Paris 1936, t. II, pp. 222-225.

¹² Cfr. F. EHRLE, art. cit.: *Ibid.*, pp. 557-566; M. DE WULF, *op. cit.*, t. II, pp. 206-208.

¹³ Cfr. H. DENIFLE-AEM. CHATELAIN, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, Parisiis 1889, t. I, pp. 543-558. Los estudios sobre el decreto condenatorio de Tempier enumeran desde nueve hasta cincuenta y tres artículos que se referían a Santo Tomás, pero ninguno en forma directa. Aun la fecha del 7 de marzo, que generalmente se supone intencional, podría ser sólo una coincidencia: cfr. A. HISSETTE, *Saint Thomas et l'intervention épiscopale du 7 mars 1277*, Istituto S. Tommaso, Roma 1995, pp. 204-258. También se repite que la célebre condena de la unidad de la forma substancial en la solemne clase inaugural de Cantor de Perona fue consecuencia de una disputa entre Juan Peckham y Santo Tomás; pero, en realidad, quien narró el episodio, Roger Marston (cfr. *Quaestiones disputatae*, Quarracchi 1932, pp. 116-117), no dice que haya habido tal discusión, ni que la tesis «excomulgada» correspondiera a la teoría de la unidad de la forma substancial, sino más bien a un tema de teología trinitaria.

¹⁴ La anulación de la condena de Tempier se debe a un decreto del arzobispo Esteban de Bourret: cfr. H. DENIFLE-AEM. CHATELAIN, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 281.

¹⁵ Cfr. O. KÖHLER, «El plan de León XIII», en H. JEDIN, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1978, pp. 38-40.

ción del cardenal Johannes Baptist Franzelin; el cardenal Bilio, supuestamente deseado por Pío IX como su sucesor, había sido rechazado por España; el cardenal Franchi parecía demasiado liberal, aunque lo apoyaban los españoles; en Francia los conservadores perdieron una elección ante los anticlericales; Rusia había roto relaciones con la Santa Sede; Bismark en Alemania perseguía a los católicos; el cardenal Gioacchino Pecci, representante de una línea media entre las tendencias liberales y tradicionalistas, era el camarlengo de la Iglesia, mas este cargo parecía excluirlo. El cónclave se decidió a favor de alguien que, por su aspecto enjuto y avejentado, no prometía durar más de dos años, tiempo en el cual se podría arribar a un acuerdo duradero. Así fue como la elección recayó en el cardenal Pecci, quien adoptó el nombre de León XIII¹⁶.

Pero el pontífice electo defraudó las esperanzas de los electores. En la Basílica de San Pedro, sobre la antigua estatua de bronce del primer papa, se lee la inscripción *Non videbis annos Petri* dirigida a sus sucesores: no llegarían a gobernar la Iglesia durante los veinticinco años que, según la tradición, San Pedro fue Vicario de Cristo. Al cumplir León XIII —el gran papa que ha inaugurado una nueva era en la Iglesia— sus veintiséis años de pontificado, hizo un *racconto* de su actividad. Tal vez sorprenda el que haya considerado como el hecho principal de su extensa gestión, no sus logros diplomáticos y pastorales, sino la encíclica *Aeterni Patris*, con la cual ha restaurado la escolástica y, en especial, el tomismo. Es Santo Tomás quien le ha inspirado los principios de justicia social expuestos en la *Rerum Novarum*, los principios de filosofía política incluidos en la *Diuturnum illud*, la distinción de poderes señalada en la *Immortale Dei*, el sentido del apostolado de los laicos en *Sapientia christiana* y la concepción de la libertad que figura en la *Libertas praestantissimum*. Un congreso internacional reunido en Roma en 1980 para conmemorar el centenario de la encíclica *Aeterni Patris* contó con lo más granado de la intelectualidad católica y sus trabajos llenan ocho densos volúmenes¹⁷.

La finalidad del retorno al tomismo no era sólo doctrinal (en seminarios eclesiásticos, universidades católicas y hasta en colegios se enseñaba ya un espiritualismo ecléctico, una simbiosis de racionalismo leibniziano y empirismo lockeano, ya un tradicionalismo conservador). «Mayor paz —dice León XIII— gozaría la sociedad si en las universidades se enseñase una doctrina más saludable y más conforme con el Magisterio de la Iglesia, como la que contienen las obras de Santo Tomás de Aquino». En el mismo documento insiste en el uso de la filosofía, no solo para la elaboración teológica, sino en sí misma, como búsqueda de la verdad.

León XIII no se contentó con la publicación de la encíclica *Aeterni Patris*. En numerosas ocasiones insistió en la necesidad de restablecer y propagar el tomismo. El 16 de enero de 1880 ordenó la reedición crítica de todas las obras de Santo Tomás, trabajo aún en marcha; el 9 de mayo de 1895 aprobó los estatutos de la Pontificia Accademia de Santo Tomás para reunir lo más representativo del tomismo. Bien puede

¹⁶ *Ibid.*, p. 41.

¹⁷ Cfr. *Atti del VIII Congresso Tomistico Internazionale*, Pontificia Accademia di S. Tommaso, Città del Vaticano 1981-1982.

pensarse que la prudencia política que usó en el orden internacional se inspiraba en el Angélico: logró hacer reconocer los derechos de los católicos irlandeses, terminar con la *Kulturkampf* anticatólica de Bismark, entablar relaciones con el gobierno anticlerical de Francia y amainar las presiones rusas a los católicos.

II

León XIII murió en 1903 a los 93 años. Dejó altamente prestigiado al papado, abierto al mundo moderno, del cual por diversas razones se había alejado. Su sucesor, San Pío X, elegido el 4 de agosto, continuó en esa misma línea, pero preocupado ante todo por intensificar la vida espiritual y apostólica del pueblo de Dios, impulsó la renovación de la Iglesia también en su faz cultural y en su acción social. Comprendió que la apertura a lo moderno llevaba a algunos excesos derivados de la adopción de posiciones filosóficas incompatibles con la fe católica. Es lo que denuncia y condena en su encíclica *Pascendi*, sobre los errores del modernismo teológico, del 8 de septiembre de 1907. Para estar a tono con el mundo moderno, los autores modernistas se apoyaron en el inmanentismo kantiano: de una crítica del conocimiento pasaron a la crítica de los milagros relatados en la Biblia y de la Iglesia y terminaron negando la divinidad de Cristo y hasta la personalidad de Dios. Estas doctrinas, aunque en dosis diversas, se difundieron entre el clero joven y los seminaristas¹⁸.

El remedio lo brindó el mismo pontífice en un documento dirigido a los obispos —*Sacrorum Antistitum*— del 1º de septiembre de 1910. En él subraya: «Procuren todos los que enseñan filosofía en centros católicos de todo el mundo no separarse nunca del camino y de la doctrina de Santo Tomás: estúdienla con el mayor empeño»¹⁹. El 29 de junio de 1914 dedica íntegramente el *motu proprio Doctoris Angelici* a Santo Tomás. En él aclara: «Si alguna vez ha sido aprobada o alabada la doctrina de cualquier autor o santo, por Nos o por nuestros predecesores, y si además de alabada esa doctrina se ha aconsejado difundirla o sostenerla, se entenderá fácilmente que en tanto se la ha recomendado, en cuanto está del todo conforme o en nada se oponía a los principios del Aquinense». Allí prescribe: «Guardar santa e inviolablemente los principios filosóficos puestos por Santo Tomás»²⁰.

Este tono se explica porque algunos católicos eminentes, que luchaban por una renovación de la Iglesia y, al contrario de los modernistas, se mantenían fieles a ella (como Lucien Laberthonnière, Henri Bremond o Maurice Blondel), rechazaban el tomismo; otros adherían al bergsonismo, sin comprender las consecuencias de su actitud, que tenía numerosos seguidores. Consideraban que Santo Tomás no era actual y estaba infisionado de naturalismo aristotélico. Pese a ellos, los centros que desde fines del siglo anterior difundían el tomismo seguían aumentando su influjo y el número de sus publicaciones: el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, el Ins-

¹⁸Cfr. R. AUBERT, «La crisis modernista», en H. JEDIN, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 586-668.

¹⁹ SAN PÍO X, *Sacrorum Antistitum*: AAS II (1910) 656-657.

²⁰ SAN PÍO X, *Doctoris Angelici*: AAS VI (1914) 334-339.

tituto Católico de París, la Pontificia Academia de Santo Tomás, las universidades romanas y buena cantidad de centros locales. Lógicamente, crecía también el número de tomistas, muchos de los cuales eran intelectuales de primerísimo nivel²¹.

Otro fue el problema que presentaron a la Santa Sede dos órdenes religiosas. San Pío X había insistido en seguir «los principios y proposiciones mayores de Santo Tomás», reiterando las prescripciones de León XIII a los jesuitas (30 de diciembre de 1892) y a los franciscanos (25 de noviembre de 1898). Pero cada una de estas órdenes tenía su *doctor* propio (Francisco Suárez y Duns Scoto). Sin abandonarlos, se cumpliría con el pedido papal al menos adoptando los «principios y proposiciones mayores» del tomismo. Ahora bien, ¿cuáles eran esos principios y proposiciones mayores? La respuesta, especialmente deseada por la Compañía de Jesús, por ser la escuela suarista tan fuerte como la tomista, de la cual disentía en algunos puntos claves, fue sugerida por un jesuita, Guido Mattiussi. Tras una serie de consultas, la Sagrada Congregación de los Estudios publicó el 27 de julio de 1914 las famosas veinticuatro tesis tomistas, aprobadas por el Papa²². Poco después, el 23 de mayo, fallecía San Pío X. El 3 de septiembre le sucedió Benedicto XV. Apenas elegido, se le consultó si las veinticuatro tesis expresaban realmente los principios y proposiciones mayores de Santo Tomás y si era obligatorio seguirlas. La Sagrada Congregación de los Estudios respondió que expresaban los principios del Angélico y que son «seguras normas directivas»²³.

Algunos eclesiásticos se sintieron afectados en su libertad intelectual; otros abrazaron el tomismo. Pero Benedicto XV, tras aclarar que nunca se prohibió seguir otra escuela, asentó que la Iglesia no sólo recomendó el tomismo, sino que «hizo de la doctrina de Santo Tomás la suya propia»²⁴. Para confirmarlo, en el Código de Derecho Canónico, promulgado el 17 de mayo de 1917, estableció que los profesores de filosofía y de teología enseñen «según el método, la doctrina y los principios de Santo Tomás y se atengan escrupulosamente a ello»²⁵.

Para el uso de los alumnos se multiplicaron desde esa época la edición de manuales y de los tomos de tratados filosóficos completos, algunos valiosos (É. Hugon, V. Remer, J. A. Gredt). Merecen mención los cursos de Lovaina (D.-J. Mercier). Continuaron los trabajos históricos (F. Ehrle, P. Mandonnet, Maurice De Wulf) y las obras de investigación sobre el rasgo tipificante del tomismo, que sería ya el ser una filosofía del sentido común (R. Garrigou-Lagrange), ya su intelectualismo (P. Rousselot), ya la distinción del ser y la esencia (N. del Prado). Con un ingreso más

²¹ Vale la pena citar a D.-J. Mercier, A.-D. Sertillanges, A. Gardeil, P. Rousselot, P. Geny, J. de Tonquédec, G. Mattiussi, N. del Prado, y J. A. Gredt. Más tarde a ellos se fueron agregando R. Garrigou-Lagrange, J. Maritain, É. Gilson, Ch. Boyer, F. Van Steenberghe, A. Masnovo, F. Olgiati, P. Dezza, S. M. Ramírez, A. Marc, J. de Finance, O. N. Derisi, L. de Raeymaeker y G. M. Manser. Luego vinieron C. Giaccon, C. Fabro, J. Pieper, L. Bogliolo, B. Mondin, L. Elders, E. Welty y otros.

²² Cfr. AAS VI (1914) 384-385.

²³ Cfr. AAS VIII (1916) 157.

²⁴ BENEDICTO XV, *Fausto appetente*: AAS XIII (1921) 332.

²⁵ CIC § 1366. En el nuevo Código se separan en dos cánones las prescripciones de las enseñanzas filosófica y teológica. Para estas últimas se indica que se debe tener por maestro a Santo Tomás (§ 252, 3).

numeroso de los laicos, algunos llegaron a destacarse como grandes figuras de la escuela (J. Maritain, É. Gilson).

III

Un erudito, y a la vez un gran alpinista, Achille Ratti, sucedió a Benedicto XV con el nombre de Pío XI, elegido el 6 de febrero de 1922. Conocido como tomista, nadie se extraña que el 29 de junio de 1923 dedicara una encíclica, *Studiorum Ducem*, a Santo Tomás. Tras encomiar sus virtudes y su sabiduría, reitera todo lo establecido por los papas anteriores sobre la necesidad de seguirlo en los estudios²⁶. El 24 de mayo de 1931 publicó otra encíclica, *Deus scientiarum Dominus*, donde vuelve a pedir que en todos los establecimientos católicos de enseñanza se explique la síntesis doctrinal de Santo Tomás y que según ella se juzguen los demás sistemas filosóficos²⁷. El tomismo de Pío XI aparece claro en la fundamentación doctrinal de sus numerosas encíclicas, sobre todo en *Divini Redemptoris*, sobre el comunismo; en *Mit brennender Sorge*, sobre el nazismo; en *Non abbiamo bisogno*, sobre el fascismo; en *Quadragesimo anno*, sobre la cuestión social; en *Divini illius Magistri*, sobre la educación, y en *Casti connubii*, sobre el matrimonio.

El 2 de marzo de 1939 fue elegido papa el cardenal Eugenio Pacelli, quien en 1934 había presidido el Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Adoptó el nombre de Pío XII. Desde su elección insistió en diversas ocasiones en el elogio y en la necesidad de seguir a Santo Tomás²⁸. Pero el 12 de agosto de 1950, advirtiendo el avance —notorio desde los años anteriores a la guerra— del materialismo, del evolucionismo absoluto, del existencialismo negador de las esencias, del inmanentismo y del relativismo dogmático, previene a los católicos del peligro de su encíclica *Humani generis*. Como antídoto de estas doctrinas vuelve a recordar lo que pide la Iglesia: seguir a Santo Tomás: «Es extremadamente deplorable que esta filosofía, recibida y reconocida por la Iglesia, sea despreciada por no pocos que imprudentemente la declaran “anticuada” en su forma y “racionalista” en su proceder. Repiten que nuestra filosofía sostiene erradamente la posibilidad de una metafísica absolutamente verdadera»²⁹. El Papa llama al tomismo «nuestra filosofía». Pocos días después, el 17 de septiembre nos recibió a los participantes del III Congreso Tomista Internacional: nos habló sobre «el incomparable lugar que ocupa Santo Tomás entre los filósofos escolásticos»³⁰. El 23 de setiembre, en la *Menti nostrae*, sobre la formación del clero, recuerda que la Iglesia «exige» seguir a Santo Tomás³¹. Estas consideraciones fueron

²⁶ Cfr. Pío XI, *Studiorum Ducem*: AAS XV (1923) 314.

²⁷ Cfr. Pío XI, *Deus scientiarum Dominus*: AAS XV (1923) 314.

²⁸ Cfr. Pío XII, *Discurso a los estudiantes eclesiásticos de Roma*: AAS XXXI (1939) 246: ID., *Carta apostólica «Ad Deum»*: AAS XXXIV (1942) 89: ID., *Alocución a la Congregación General de la Compañía de Jesús*: AAS XXXVIII (1946) 384.

²⁹ Pío XII, *Humani generis*: AAS XLII (1950) 575.

³⁰ Pío XII, *Alocución al III Congreso Tomista Internacional*: ibid.

³¹ Cfr. Pío XII, *Menti nostrae*: AAS XLII (1950) 687.

reiteradas el 14 de setiembre de 1955 ante el IV Congreso Tomista Internacional, también reunido en Roma³².

El «Papa bueno» Juan XXIII sucedió a Pío XII el 28 de octubre de 1958. Realizó el acto trascendente de convocar al Concilio Vaticano II. Al fallecer el 3 de junio de 1963, el cónclave designó al cardenal Giovanni Battista Montini como el 262º sucesor de San Pedro, quien adoptó el nombre de Paulo VI. Convocó la segunda etapa del Concilio destinado a *aggiornare* la Iglesia. En la primera había actuado activamente. El 17 de noviembre de 1964 la magna asamblea aprobó el decreto sobre la educación, *Gravissimum educationis*, estableciendo que se ha de buscar la armonía entre la fe y la razón «siguiendo sobre todo los pasos de Santo Tomás»³³. El decreto *Optatam totius* del 28 de octubre de 1965, sobre la formación del clero recomienda: «Para ilustrar en la forma más completa posible los misterios de la salvación, aprendan los alumnos a profundizar en ellos y a descubrir su conexión por medio de la especulación, bajo el magisterio de Santo Tomás»³⁴.

El tomismo, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, se fue extendiendo y asentando en todo el mundo. Desde la publicación de manuales, algunos importantes (Maquart, Boyer) y la renovación de cursos, como el lovaniense (Dopp, Renoitre, Van Steenberghe, de Raeymaeker), hasta la erección de enteras universidades, como la de Milán (Oigiatti, Tredici, Masnovo), o de centros tomistas, pasando por el trabajo de innúmeros docentes, también femeninas: (S. Vanni Rovighi, S. Mansión) y el de los autores de estudios importantes (R. Jolivet, A. Marc, P. Hønen, S. M. Ramírez, A.-D. Sertillanges, G. M. Manser). Algunos trataron de unir el tomismo a otras tendencias: al blondelismo (P. Rousselot), al idealismo (M.-D. Roland-Gosselin) y sobre todo al kantismo (J. Maréchal). Los jesuitas de Lyon (H. de Lubac, J. Daniélou, H. U. von Balthasar, G. Fessard) se volcaron a la patrística, anunciando su abandono de la escolástica³⁵.

En contrapartida, el *Bulletin thomiste*, destinado a comentar todo libro o artículo que se ubicase en línea tomista, registraba alrededor de dos mil estudios publicados año tras año. Aparecieron revistas dedicadas a estudiar y cultivar la doctrina de Santo Tomás (*Sapientia*, *The Tomist*, *Sapienza*; *Divus Thomas* —uno en Piacenza y otro en Friburgo de Suiza—, *Rivista di Filosofia Neoscholastica*, *The New Scholasticism*, *Aquinas*, *Angelicum*, *Doctor Communis*) y continuaron publicándose otras ya existentes (*Revue Thomiste*, *Ciencia Tomista*, *Blackfriars*). Vieron la luz nuevos manuales (Boyer, Maquart, Philips) y cursos (V. Remer. P. Geny, G. Di Napoli, C. Carbone, H. Grenier, G. Beghin-Rosé). Algunas obras significaron aportes decisivos sobre el acto de ser (É. Gilson, C. Fabro), la participación (C. Fabro, L.-B. Geiger), la analogía

³² Cfr. Pío XII, *Alocución al IV Congreso Tomista Internacional*: AAS XLVI (1955) 683.

³³ *Gravissimum educationis*, n. 10.

³⁴ *Optatam totius*, n. 16.

³⁵ Cfr. AA.VV., *Dialogue théologique*, Les Arcades, St. Maximin, Var, 1947. Colaboran en este volumen los dominicos M.-M. Labourdette, M.-J. Nicolas, R.-L. Bruckberger y los jesuitas H. de Lubac, H. Bouillard, J. Daniélou, G. Fessard y H. U. von Balthasar. Este último abandonó la Compañía de Jesús poco después.

(M. T.-L. Penido, S. M. Ramírez, C. Fabro, R. McNerny), la estética (J. Maritain), la ética (O. N. Derisi).

En las décadas de la postguerra el clima fue cambiando. El auge del existencialismo hizo que fuera estudiado por los tomistas (R. Jolivet, R. Vernaux, O. N. Derisi); lo mismo sucedió con el marxismo (C. Fabro). Pero algunos parecían encandilados por la figura de P. Teilhard de Chardin, de quien se dijo que era «el nuevo Santo Tomás»; otros seguían la tendencia «trascendental» de J. Maréchal, centrada en la subjetividad. Algunos peritos conciliares de formación tomista (K. Rahner, E. Schillebeeckx, M.-D. Chenu, H. Küng) mostraron que en muchos temas estaban apartados de las posiciones que ellos mismos habían sostenido.

En el Concilio Vaticano II se rechazó un decreto de la comisión doctrinal sobre Santo Tomás (también otro sobre la Virgen María). En sus actas hay más citas de Teilhard de Chardin que del Doctor Común. Gracias al influjo de los peritos se abrió paso a la entrada de maestros como Bloch, Moltmann, Pannenberg, y hasta Marx y Nietzsche, en las casas de formación del clero. Según Rahner, «de maestro directo de la escuela, Santo Tomás se ha convertido, en la misma escuela, en un Padre de la Iglesia; ha retrocedido, se ha alejado», agregando que «tal proceso es irreversible». Más aún, «Ha retrocedido al número de esos teólogos que uno cita aquí o allá para dar muestras de erudición»³⁶.

En el año 1974 se cumplieron siete siglos de la muerte de Santo Tomás. Se esperaba un documento pontificio y la celebración de un congreso internacional. Se sabía que Paulo VI era un tomista convencido, de línea maritainiana. Pero el clima era tal que la Academia de Santo Tomás creyó prudente no arriesgarse a un fracaso. La Orden dominicana, más conocedora de la realidad, convocó y realizó el congreso internacional más importante y numeroso de toda la historia. Más de mil quinientos teólogos y filósofos de todo el mundo nos reunimos en Roma; las actas de este congreso llenan ocho gruesos volúmenes con trabajos del más alto nivel. El Papa se trasladó personalmente al congreso y participó en él.

Aconsejado Paulo VI de no publicar la encíclica que tenía preparada sobre Santo Tomás, la convirtió en una carta al maestro general de la Orden de Santo Domingo, *Lumen Ecclesiae*, datada el 10 de noviembre de 1974. En ella precisa: «La Iglesia convalida con su autoridad la doctrina de Santo Tomás y se sirve de ella como de un instrumento selectivamente elegido, de modo que en cierta forma se extiende a él, como y más que a otros insignes doctores suyos, el rayo de su mismo magisterio». Luego aclara: «La Iglesia ha preferido entre otras la doctrina de Santo Tomás, proclamando que es la suya propia —no entendiéndolo con esto que no sea lícito adherir a otras escuelas que tienen derecho de ciudadanía en la Iglesia— y la favorece en razón de su experiencia de siglos»³⁷.

En el congreso tomista de 1974 tuvo activa participación el arzobispo de Cracovia, el cardenal Karol Wojtyła, uno de los fundadores de la Sociedad Internacional

³⁶ K. RAHNER, *Schriften zur Theologie*, Band VII, S. 322; trad. italiana, Paoline, Roma 1975, vol. VII, p. 543.

³⁷ PAULO VI, *Lumen Ecclesiae*: AAS LXV (1974) 694.

Tomás de Aquino, fruto de esa asamblea. Pocos años más tarde, el 16 de octubre de 1978, Woytiła era elegido sumo pontífice de la Iglesia. Tomó el nombre de Juan Pablo II. En setiembre de 1980 la Academia de Santo Tomás celebró su VIII Congreso Internacional. Al recibir a los congresistas, el Papa recibió insistió: «No he dejado pasar ninguna ocasión propicia sin resaltar la excelsa figura de Santo Tomás» y sin dejar de «auspiciar y favorecer en todos los modos posibles el estudio constante y profundizado de la doctrina filosófica, teológica, ética y política que Santo Tomás ha dejado por herencia a las escuelas católicas y que la Iglesia no ha vacilado en hacerla propia»³⁸.

Parecería que el vicario de Cristo respondiese a declaraciones de teólogos que en años anteriores proclamaban la «inactualidad» de Santo Tomás. Así, un teólogo que hoy sigue fiel al tomismo, Inos Biffi, escribía, refiriéndose a una obra suya: «No es actual, como no lo es Santo Tomás [...] Es improponible, pero debe entrar, tras estudio y evaluación, a formar parte de la tradición»³⁹. Peter Henrici, antiguo profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, se preguntaba: «¿Cómo es posible inspirarse en Santo Tomás, dos siglos después de Kant? Una vuelta a Santo Tomás parece imposible»⁴⁰. En cambio, otro teólogo, Michael Schmaus, que se había alejado del tomismo, consideraba que, al menos en cristología, «Tomás se muestra, también en este punto de vista máximamente actual»⁴¹. Stanislas Lyonnet, del Instituto Bíblico, subraya «la actualidad de Santo Tomás como exégeta»⁴².

A despecho de la «inactualidad» del tomismo, Juan Pablo II, en el IX Congreso Tomista Internacional de 1990, proclamó a Santo Tomás *Doctor Humanitatis*, recordando la perenne validez de su doctrina sobre el hombre⁴³. En 1991, en el III Congreso de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino volvió a enfatizar la importancia de la doctrina tomista para el mundo contemporáneo, sobre todo en el campo ético⁴⁴. En su encíclica *Veritatis splendor*, del 6 de Agosto de 1993, aclara: «El

³⁸ JUAN PABLO II, *Alocución al VIII Congreso Tomista Internacional*, en *Atti del VIII Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1981, vol. I, p. 9.

³⁹ I. BIFFI, «I misteri di Cristo», en *Atti del VII Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1976, vol. IV, p. 150.

⁴⁰ P. HENRICI, «S. Thomas après Kant», en *Atti del VII Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1975, vol. II, p. 514. Pero están quienes van más allá hasta traspasar los límites de lo imaginable. En la obra colectiva *¿Qué es teología?*, redactada por varios teólogos alemanes —Karl Rahner, entre ellos—, el editor llega a afirmar que sin filosofía no puede haber teología (en el sentido técnico del término); mas no es posible usar cualquier filosofía, y menos aún la escolástica: debe usarse el escepticismo. Si quedara alguna duda, explica que por escepticismo debe entenderse la posición filosófica que niega a la mente humana la capacidad de conocer con certeza. Cfr. H. SCHLETTE, «Estudio introductorio» a *¿Qué es teología?*, Salamanca 1969.

⁴¹ M. SCHMAUS, «Das Dynamische in der Erlösungslehre des heiligen Thomas von Aquin», en *Atti del VII Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1975, vol. III, p. 199.

⁴² S. LYONNET, «Actualité de saint Thomas comme exégète», en *Atti del VII Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1975, vol. IV, p. 9.

⁴³ Cfr. JUAN PABLO II, *Alocución al IX Congreso Tomista Internacional*, en *Atti del IX Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano 1992, vol. I, p. 10.

⁴⁴ Cfr. JUAN PABLO II, «Perenne validità dell'etica tomista», en *Atti del III Congresso de la Società Internazionale Tommaso d'Aquino*, Città del Vaticano 1992, p. 13.

magisterio de la Iglesia no desea imponer ningún sistema teológico particular y menos filosófico»; sin embargo cita veinte veces a Santo Tomás y su doctrina. Este hecho ha sorprendido: sólo es explicable considerando que la Iglesia no interpreta el tomismo como uno de los distintos sistemas aprobados por ella, sino como el que le es suyo propio⁴⁵.

Frente a la difusión de filosofías neomarxistas, estructuralistas, analíticas y de teologías de la «muerte de Dios», de la liberación política o trascendentalistas, el tomismo no ha dejado de crecer y organizarse. Dieciocho universidades que llevan el nombre de Santo Tomás de Aquino han venido a sumarse en los últimos decenios a las tradicionales de Roma, Manila y Bogotá. La Sociedad Internacional Tomás de Aquino continúa abriendo filiales en muchos países, la última de ellas en Lituania. La Pontificia Academia de Santo Tomás ya ha publicado más de cincuenta volúmenes de sus *Studi Tomistici*. El *Index thomisticus* editado por Roberto Busa llena cincuenta y dos volúmenes ahora volcados en un pequeño disco compacto. El meritorio *Bulletin thomiste* tiene nueva vida en la *Rassegna di Letteratura Tomistica*. En el *Angelicum* de Roma se abrió un instituto para especializarse en Santo Tomás. En nuestra patria, en 1996, cumplió cincuenta remozados años la revista *Sapientia*. En 1998 también habrá de cumplirlos la Sociedad Tomista Argentina.

A quienes vienen anunciando la defunción del tomismo (y no son pocos, aquí y en el extranjero), sólo se les puede advertir su falta no sólo de la realidad, sino de observancia de los documentos pontificios, los cuales, como católicos, no pueden ignorar.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

Seminario Arquidiocesano de La Plata.

⁴⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*: AAS LXXXV (1993) passim. Vide G. E. PONFERRADA, «Santo Tomás de Aquino en la encíclica *Veritatis splendor* de Juan Pablo II»: *Sapientia* L (1995) 17-32.